

**E** S lamentable, pero no sorprendente, que este hermoso libro esté pasando inadvertido en España (\*). Se trata del testimonio de uno de los muchos obreros que emigraron a otras tierras de Europa, en tiempos de Franco. Tema incómodo pues, para la mala con-

(\*) Victor Canicio: "Vida de un emigrante español". Gedisa. Barcelona, 1979.

ciencia de la sociedad de consumo: no parece de buen gusto recordar que la exportación de hombres, la venta de carne humana, ha sido y es una de las principales fuentes de divisas del Estado español. Los que hacen el desarrollo, no lo cobran: los emigrantes son buenos para irse, buenos para trabajar y buenos para enviar dinero, pero no son buenos, pongamos por caso, para votar. A las autoridades

## Vida de un emigrante

# PAN AJENO, CARO CUESTA

**EDUARDO GALEANO**

se les olvidó invitarlos a la fiesta de la democracia naciente. Bloqueados por la burocracia y olvidados por los medios de comunicación, los emigrantes no han participado, prácticamente, en las elecciones. Ni las estadísticas se ocupan de ellos. ¿Cuántos son los emigrantes españoles de los últimos veinte años? ¿Un millón, dos millones?

El tema contradice la tendencia general a la amnesia; y por si fuera poco, el libro está escrito y armado con una sobriedad fuera de moda, que nada tiene que ver con las pirotecnias formales y los palabreríos metafísicos dignos del entusiasmo de los entendidos. Esta es la aventura de eso que los intelectuales llaman "un hombre común" y no huele a perfumes de Oriente ni transcurre en los mares del Sur. Aquí se cuenta, en grises escenarios, la vida cotidiana de un obrero español en Alemania. El testimonio de Pedro Nuño, sabiamente filtrado por Victor Canicio, no necesita de ningún artificio para expresar sus intensidades de vida vivida de verdad y desborda buenos jugos de humor, cólera y poesía.

### Entre la delincuencia y el éxodo

Cuando era niño, Pedro iba al matadero a mendigar sangre de reses y comía bellotas del monte. De las palizas del maestro, recuerda una de cincuenta y dos palos, que le dejó hinchado como un sapo. El abuelo no se perdía ningún fusilamiento y andaba a las pedradas con su hijo comunista. Los primeros amores de Pedro ocurrieron al borde del cementerio, junto a la tapia, "que yo no sé si es que inspiran más los muertos o es que uno dice: Pues mira, como estamos

de momento vivos, hay que zumbarle".

Si se hubiera quedado en España, Pedro hubiera sido delincuente. Robar ya no le asustaba, se había hecho costumbre, y "estaban los tiempos para disimular". Pero se fue. Llegó a Alemania con mejor suerte que los que tuvieron que atravesar el Rin a nado o viajaron escondidos en camiones de mercancías. Al llegar a la frontera, algunos compañeros de viaje fueron arrancados del autobús porque estaban mal trajeados y sin calcetines en pleno invierno. Pedro pasó. "Nunca se puso el tiempo tan gris como aquella tarde para recibirnos".

### Una expedición a Jauja

Muchos iban "como si fueran de verbena", mintiéndose que querían aprender alemán y lo bien que se estaba en España, y hasta agradecidos a Franco porque les había dado un pasaporte. Más de cuatro veces, Pedro leyó en los periódicos del éxodo: "La emigración, esa gran aventura". La aventura podía concluir en el manicomio, la cárcel o el cementerio, "pero de eso no se veía nada en la prensa emigrante. Esto era Jauja".

El Estado español cobraba 150 marcos por cada contrato de trabajo y muchas empresas lo descontaban del primer sueldo, como si fuera una deuda del que llegaba. La ley alemana concede seis metros cuadrados de espacio mínimo habitable a cada perro, pero los trabajadores extranjeros que llegaban en masa, en los años sesenta, se amontonaban en barracas o dormían en sótanos "que metes ahí un burro y se muere de nostalgia". Esos brazos españoles, italianos o turcos trabajaban el

*Cuando Pedro llegó a Alemania, le revisaron hasta los dientes. Después, con los años, uno envejece y se cansa: "A mi edad, no encontraría trabajo en España. Tengo una familia que ha de llenar la barriga todos los días".*



Los emigrantes son buenos para irse, buenos para trabajar y buenos para enviar dinero, pero no son buenos, pongamos por caso, para votar.

doble y ganaban la mitad. Ellos hicieron posible que Alemania se levantara a marchas forzadas. El jefe del taller donde Pedro trabajaba, le cortó así la primera protesta: "Tú qué hablas, si has venido aquí a matar el hambre y en tu tierra no tenéis más que pulgas". Primer choque de culturas: un compañero de trabajo pide un cigarrillo a Pedro y quiere pagárselo. Después, cuando Pedro aprende el idioma, descubre que los obreros alemanes le miran torcido si él les habla de política, y que dicen *mi fábrica*, no la *fábrica*:

### El desprecio sucesivo

Los alemanes se sienten superiores a los españoles, que se sienten superiores a los italianos, que se sienten superiores a los turcos, y así "hemos mantenido un constante tira y afloja en vez de agarrarnos todos a la misma soga". Es lógico, dice Pedro, "que aquí en la emigración, donde no somos nadie, querramos resaltar a cualquier precio".

Con lucidez y certero humor explica sus propias contradicciones, como en las páginas donde cuenta cuánto le cuesta lavar los platos sin sentirse maricón; y no es para nada autoindulgente a la hora de interpretar su conducta. El emigrante, ciudadano de segunda clase, sin voz ni voto, "sólo dispone de un sitio para demostrar que es el jefe: su casa". Las mujeres, reconoce, han sido las más sufridas víctimas de este drama colectivo. Obligado a la disciplina

y al silencio, el obrero que no puede desahogarse en el trabajo ni en el café, echa sus furias en casa, maltrata a la mujer, grita a los hijos o se va al Centro Español para armar gresca.

### El regreso

Pedro tiene un hijo deformado por la poliomielitis. El se propuso evitarle un destino de zapatero o limpiabotas y lo ha conseguido. Pero se ha gastado una fortuna en operaciones y cursos especiales, y hay una hija, además, y el piso a medio pagar, y las cuotas... "Si no compras, eres un desgraciado, y si compras, también". Máquinas, aparatos, cosas: Pedro es consciente de que la sociedad de consumo le tiene atrapado. "Hemos picado —dice—, y eso que lo sabíamos". Le gustaría volver a España, ahora que empezó la democracia, y volverá, dice, pero no todavía, todavía no se puede: los que han vuelto, han encontrado resistencias parecidas a las que conocieron en Alemania, porque vienen a quitar trabajo a quien ya lo tiene. Cuando Pedro llegó a Alemania, le revisaron hasta los dientes. Después, con los años, uno envejece y se cansa: "A mi edad, no encontraría trabajo en España. Tengo una familia que ha de llenar la barriga todos los días".

Un día, Pedro leyó en el diario que el Gobierno español había otorgado un premio y una medalla a la turista número tal. "¿Y al emigrante número tal, me dije yo, qué le han dado? El pasaporte, una patada en el culo y apáñate por el mundo como puedas". ■

## HONORE

